

Óscar era un oso alegre y simpático, aunque también se enojaba. Sobre todo cuando sus amigos le llevaban la contra.





Con Amelia, la tortuga, solía ir de paseo. Cierta vez, la tortuga se sintió agotada. Le costaba andar al mismo paso del oso y acompañar sus zancadas.

Así es que, casi sin aliento, le pidió a su amigo:  
—Óscar, ¿podrías ir más despacio? Vas a paso de gigante y así no puedo seguirte.



—¿Qué dices? —protestó  
el oso—. Mis pasos son  
cortos.



—¡Pues lo serán para ti! —respondió la tortuga.

Y el oso pensó: «No sabe lo que dice. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta de que doy pasos cortos?».

